

Bolaño muriendo en Sevilla

El escritor chileno Roberto Bolaño (1953-2003) es autor de culto para los nuevos narradores españoles y latinoamericanos, y el último texto que escribió —la conferencia «Sevilla me mata»— se ha convertido en su testamento literario

POR FERNANDO IWASAKI

En un pasaje de *Soldados de Salamina* (2001), el protagonista de la novela de Javier Cercas conoce a un chileno —escritor frustrado y vigilante de un camping—, que le habló de un hombre mayor a quien le encantaba tararear el pasodoble «Suspiros de España», para bailar con sus novias bajo la luz de la luna. Aquel vigilante chileno se llamaba en la novela Bolaño y en la vida real también era el novelista Bolaño, quien antes de ser conocido como escritor había sido rockero traslumante, poeta infrarrealista y —por cierto— vigilante de camping, entre otros quehaceres inverosímiles.

Roberto Bolaño murió con la certeza feliz de disfrutar del aprecio y la admiración de muchos escritores, pero las trágicas circunstancias de su muerte lo transfiguraron para siempre en un héroe literario. Así, a pesar del unánime reconocimiento de la crítica, de los elogios de los más grandes autores en lengua castellana y del incondicional fervor que le profesan los jóvenes lectores y novelistas escritores de América Latina, harían falta más testimonios filológicos para poder iniciar su proceso de canonización literaria. Por eso me ha ilusionado la publicación de *Bolaño salvaje* en Candaya Editorial, un volumen compilado por Edmundo Paz Soldán y Gustavo Faverón, donde más de veinte académicos y escritores de USA, Europa y América Latina comentan y analizan las novelas, poemas, ensayos y relatos del gran escritor chileno.

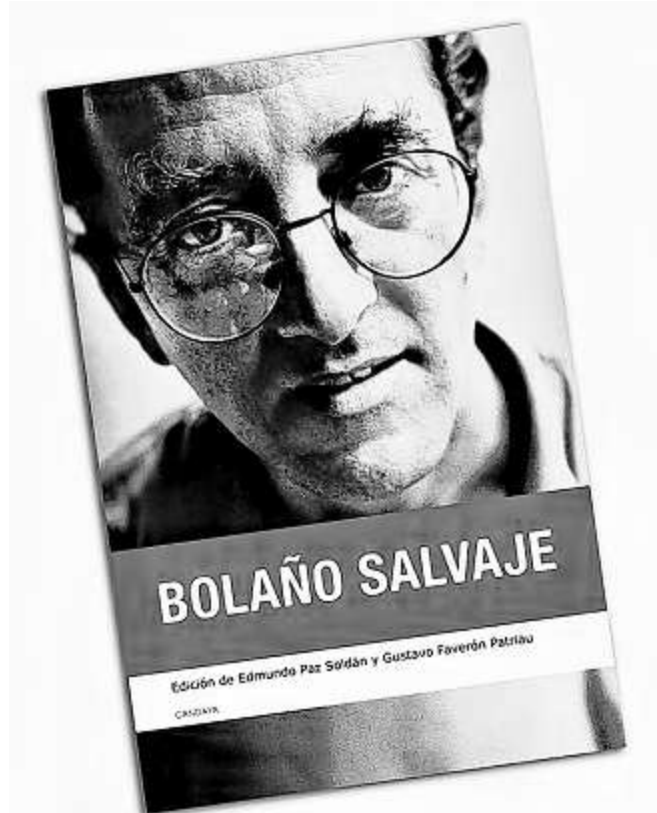
Bolaño se consagró con *Los detectives salvajes* (1998) —novela que le deparó los premios Herralde y Rómulo Gallegos— aunque su prestigio ya había crecido exponencialmente gracias a libros anteriores como *Estrella distante* y *La literatura nazi en América*, ambos de 1996. ¿Y de dónde había salido Bolaño? Del anonimato de la vigilancia de campings, de la guerra de guerrillas de esos concursos literario-municipales y de una larga enfermedad que lo fue destrozando hasta que falleció a mediados de 2003, a los pocos días de haber sido homenajeado de cuerpo presente en un encuentro de escritores latinoamericanos que tuvo lugar

en la Fundación José Manuel Lara.

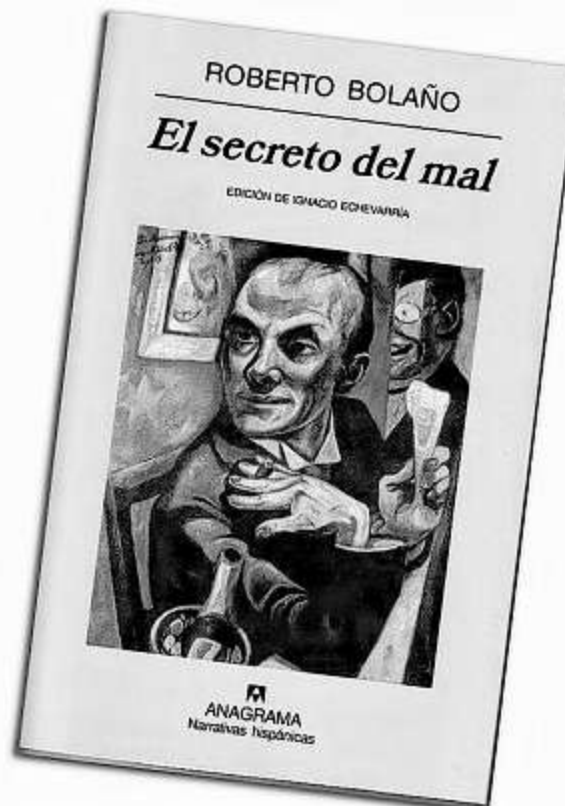
El mexicano Jorge Volpi rescata un episodio de aquellos días en su libro de ensayos *Mentiras contagiosas* (2008): «En Sevilla, en el congreso de jóvenes escritores al que asistió en 2003 y que terminaría por ser su última aparición pública, un escritor joven se acercó a Bolaño, el maestro indiscutible, el sabio y el aeda, y le preguntó con ingenuidad y veneración y respeto qué consejo podía darle a los escritores jóvenes, no sólo a quienes estaban allí reunidos para escuchar sus profecías, sino a los escritores jóvenes de todos los países y de todas las épocas. Y Bolaño, que siempre buscaba desconcertar a sus interlocutores —y en especial a los críticos— respondió algo como esto: les recomiendo que vivan. Que vivan y sean felices. A sus fanáticos más recalitrantes, a aquellos que lo veneran como al nuevo demiurgo de la literatura, quizás les moleste esta anécdota verídica (muchos testigos podrían comprobarla). A mí me fascina. Bolaño intuía que iba a morir muy pronto y susurraba que, más allá de la fama y más allá de los libros y más allá de la literatura, está eso: la vida. La vida que a él se le acababa, la vida que entonces él ya casi no tenía».

En efecto, cuando Bolaño vino a Sevilla en aquel mes de junio de 2003, apenas le quedaban unos días de vida y por eso a su conferencia de clausura le puso un título premonitorio: «Sevilla me mata». Y sí, Sevilla lo mató de calor, lo mató de cansancio y lo mató de cariño. Diez años antes Bolaño era un desconocido vigilante de campings que había ganado algunos premios más municipales que literarios o un piel roja dedicado a cazar esos bisontes que de año en año sueltan los ayuntamientos por las praderas de la literatura, metáfora feliz que invito a buscar en su maravilloso cuento «Sensini». No obstante, cuando Bolaño aterrizó en Sevilla lo hizo ya como jefe de la tribu.

«Sevilla me mata» no contiene grandes referencias a nuestra ciudad («Espero que a nadie se le ocurra desafiarme a pelear. No puedo hacerlo por prescripción médica. De hecho, cuando acabe esta confe-



Cubierta de "Bolaño Salvaje", Candaya (Barcelona, 2008)



Cubierta de "El secreto del mal", Anagrama (Barcelona, 2007)

rencia pienso encerrarme en mi habitación a leer películas pornográficas. ¿Que quieren que vaya a visitar la Cartuja? Ni de chiste. ¿Que quieren que vaya a un tablado flamenco? Se equivocaron, una vez más, conmigo. Yo sólo voy a un rodeo mexicano o chileno o argentino. Y una vez allí, entre el olor a bosta fresca y copihues, procedo a quedarme dormido y a soñar», pero se ha convertido en un texto mítico por la oca-

sión y las circunstancias. De hecho, «Sevilla me mata» se publicó primero en las actas del congreso —*Palabra de América* (2004)— y después en dos de los libros póstumos del propio Bolaño: *Entre paréntesis* (2004) y *El secreto del mal* (2007), por no hablar de los cientos de blogs y páginas web que lo tienen colgado como una medalla o una cabeza trofeo, según.

Releo las palabras de Bolaño en «Sevilla me mata» y es-

toy seguro que las escribió desde el otro lado del espejo: «¿De dónde viene la literatura latinoamericana? La respuesta es sencillísima. Viene del miedo... Viene del deseo de respetabilidad, que sólo encubre al miedo». Quizás porque sabía que se moría, Bolaño no tuvo indulgencia: «Francamente, a primera vista componemos un grupo lamentable de treinta y cuatro años y uno que otro cincuentaero esperando a Godot, que en este caso es el Nobel, el Rulfo, el Cervantes, el Príncipe de Asturias, el Rómulo Gallegos... El río es ancho y caudaloso y por sus aguas asoman las cabezas de por lo menos veinticinco escritores menores de cincuenta, menores de cuarenta, menores de treinta. ¿Cuántos se ahogarán? Yo creo que todos». Las últimas líneas de «Sevilla me mata» tienen toda la fuerza de una bofetada «realvisceralista», como los versos de los poetastros que pululan por *Los detectives salvajes*: «El tesoro que nos dejaron nuestros padres o aquellos que creímos nuestros padres putativos es lamentable. En realidad somos como niños atrapados en la mansión de un pedófilo. Alguno de ustedes dirá que es mejor estar a merced de un pedófilo que a merced de un asesino. Sí, es mejor. Pero nuestros pedófilos son también asesinos».

El dolor de Roberto Bolaño también se puede palpar en poemarios como *Tres* (2000) y en textos como «Literatura + enfermedad = enfermedad». Quienes se empeñan en recordarlo como un *enfant terrible* enemistado con el mundo cometen una injusticia, porque Bolaño no fue un poeta maldito sino un escritor maldecido por la fatalidad. Tenía una familia estúpida, lectores incondicionales y amigos que lo queríamos. Roberto deseaba vivir porque tenía muchísimo que disfrutar. Por eso, uno de los pocos lujos que se permitió fue disparar las flechas de su pensamiento.

Sin embargo, las armas del piel roja que fue Roberto Bolaño —como el arco de Odiseo y las flechas de Heracles— no pueden ser tensados por cualquiera. Ni siquiera es el momento de imitarlo, sino de leerlo, de estudiarlo y de convertirlo en pasto del alma, como quería Gracián. Sólo así podremos demostrar que Roberto Bolaño no sólo ha sido importante para la historia de la literatura, sino esencialmente para la literatura.

Roberto BOLAÑO: *Entre paréntesis*, edición de Ignacio Echevarría (Anagrama, 2004). *El secreto del mal*, edición de Ignacio Echevarría (Anagrama, 2007). Edmundo PAZ SOLDÁN y Gustavo FAVERÓN (editores): *Bolaño Salvaje*, Candaya (Barcelona, 2008).